

**No temáis,
yo vencí al mundo.**

Sergio Martínez Vila.

Producción Propia - Temporada 5 (Octubre 2020 – Junio 2021).

Factoría Echegaray.

La construcción de la memoria o la mitología popular de los que padecieron la represión podría estar alimentada por el deseo de ver sufrir a los culpables con un castigo acorde con la gravedad del delito.

Así, en la localidad pacense de Fuente de Cantos está muy arraigada la creencia de que un hombre que desempeñó un papel singularmente cruel en la represión murió atormentado por el recuerdo de sus actos y odiado por todos sus vecinos. Este hombre, un delator cuyas denuncias desembocaron en numerosas ejecuciones, vivió aparentemente feliz durante toda la dictadura franquista, pero cuando supo que Franco se encontraba en su lecho de muerte, obsesionado por la idea de que la izquierda se cobraría cumplida venganza, se suicidó.

PAUL PRESTON.

El holocausto español (odio y exterminio en la Guerra Civil y después).

A Luis.

A Xuacu, el Bomberu.

Con amor.

20 de diciembre de 1973.

8:30 de la mañana.

Iglesia jesuítica de San Francisco de Borja (calle Serrano, 106). Madrid.

Hay música litúrgica que anuncia el comienzo de la misa.

La inscripción "NOLITE TIMERE EGO VICIT MUNDUM" se destaca sobre el altar, a la izquierda de un Cristo crucificado de gran tamaño.

Sale una MUJER de la sacristía.

Es ella quien va a asumir la dirección del servicio religioso.

El almirante LUIS CARRERO BLANCO, enfundado en un gabán negro, y precedido por la música de un txistulari, entra en el templo. Avanza por el pasillo central hasta las primeras filas de bancos, se apoya en el respaldo de una de ellas y se arrodilla ante el altar.

CARRERO BLANCO.- Fractura de maxilar inferior.

Mantiene la genuflexión. Mira al crucificado a los ojos.

Fractura de ambas clavículas.

MUJER.- En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

CONGREGACIÓN.- Amén.

Carrero Blanco se hace la señal de la cruz y se incorpora.

CARRERO BLANCO.- Aplastamiento torácico.

Se sienta en el extremo del banco, al lado del pasillo.

MUJER.- La gracia de nuestro señor Jesucristo, el amor del Padre, y la comunión del Espíritu Santo, esté con todos vosotros.

CONGREGACIÓN.- Y con tu espíritu.

CARRERO BLANCO.- Fractura abierta de tibia y peroné derechos.

MUJER.- Hermanos, antes de celebrar los Sagrados Misterios, reconozcamos nuestros pecados.

CARRERO BLANCO.- Fractura luxación abierta del tarso en miembro inferior izquierdo.

MUJER / CONGREGACIÓN.- Yo confieso ante Dios Todopoderoso, y ante vosotros hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa...

Carrero Blanco mira a su alrededor, extrañado.

CARRERO BLANCO.- Epistasis traumática...

Las voces de la congregación parecen disolverse en las paredes monumentales de la iglesia.

El almirante, con una mirada de asombro, vuelve a la contemplación del crucificado.

Estamos solos.

Silencio sepulcral.

Tampoco la nena ha querido venir conmigo esta mañana... es como si no hubiera nadie más en el mundo, ahora...

Fuerza una sonrisa.

Mejor.

Así puedo oír lo que piensas, y lo que es más importante, tú puedes oír lo que yo pienso, también. Sin ruido.

Escucha el silencio.

Me gustaría que España fuese así. Me gustaría que fuésemos un desierto donde no se oye nada porque no hay nada que respire, ni el viento. ¿Lo oyes? Ya está todo dicho. Hace mucho que está todo dicho. Ahora tú y yo estamos en la verdadera España.

Carrero Blanco eleva el rostro, dilata sus fosas nasales y respira concentradamente.

Huele a quemado.

Se levanta.

Mira a un lado y al otro.

Recupera su atención. A Cristo.

Se te ha ido este asunto de las manos. Déjame que te hable sin rodeos porque ya hemos llegado a un punto de no retorno, tú y yo, y si no pensé desde el principio que esto fuera cosa tuya es por el respeto que te debo y que me sale de forma natural al verte así colgado, en todas partes, y sobre todo por los servicios prestados, claro, pero ya está, ahora no respetas ni la vigilia, no respetas nada, aunque a lo mejor sigo durmiendo y yo como si nada, dime, ¿estoy soñando esto también? ¿Es eso?

El silencio es total. Carrero Blanco lo escucha con atención.

Escúchame bien. Sé que lo haces. Casi diría que no haces otra cosa. Me has decepcionado. Mucho. Yo también me decepciono a mí mismo, no te creas, me miro en el espejo del baño y no veo nada de lo que me gustaría ver, así que vamos a hablar de hijo de Dios a hijo de Dios, si te parece, de mártir irresponsable a viejo obediente, de terrorista a almirante, de perdedor a perdedor... Necesito dormir. Un presidente del gobierno tiene que poder dormir por las noches. Cinco horas, al menos. De doce a cinco, o de una a seis. No puedo recibir a Kissinger sin pegar ojo porque es el futuro de España el que está en juego, lo sabes muy bien. ¿A qué vienen estos sueños, de repente? Si es que lo son, porque aunque uno sueña, también descansa, pero soñar sin descansar no tiene ningún sentido y yo no he tenido alucinaciones en mi vida, nunca, ni siquiera en los peores momentos, eso le pasa a los que se meten porquería por la nariz y a los masones cuando hacen sus ritos satánicos pero no a los que cumplen con los sacramentos, ¿por qué tengo que ver esas cosas al apagar la luz? ¿Por qué? No tengo edad para esto. Además, estoy asustando al servicio. No se atreven a decir nada, estaría bueno, pero sé que hablo en voz alta y que les despierto en mitad de la noche y no me gusta nada esta situación, es irreverente. Toda esa sangre. Basta. Respondemos ante un mismo caudillo y tenemos que llevarnos bien. No puedo más. Llevo dos semanas enteras así y no puedo más.

Se arrodilla sobre el banco y junta las manos.

No creas que no te conozco.

Le mira de reojo.

He gritado VIVA CRISTO REY como el que más, pero sé quién eres realmente. Mal gobernante sería si no. Tu ejemplo hizo llorar a todos los ángeles. Por eso te metieron aquí dentro desde el principio y te pusieron traductores. Por eso vives en la sombra y tu casa huele a quemado, como si le acabaran de prender fuego. Y si el sol llegara a darte en la cara algún día no sería más que por accidente

por desgaste de la vidriera

por negligencia del constructor

por atentado terrorista

por Viernes Santo.

¿Por qué crees que vengo aquí todas las mañanas? Vengo a comprobar que no te has bajado de tu cruz. Toda precaución es poca. No puedes salir por ahí como uno más y ponerte a hablar con el primero que pase. Eso sería grotesco. No sólo por tu desnudez. Es tu voz la que no tiene sentido en este desierto. Tu verdadera voz. Tenemos que bajar el volumen. Por el bien de todos. El tuyo también. España es una iglesia, por mucho que diga Tarancón. España es un desierto dentro de una iglesia. Arriba España.

Se santigua.

Queda petrificado justo al iniciar el movimiento de vuelta al banco.

Mira al crucificado con suspicacia durante unos segundos; luego se sienta.

Estoy cansado... tengo los músculos agarrotados, la piel, me tira, la piel de las mejillas, el cuello, no lo puedo doblar bien, me cruje, las lumbares, por eso te hablo de esta forma que no parezco ni yo mismo pero eso no cambia lo mucho que te quiero, en el fondo, porque entenderás que yo, como representante que soy del amor institucional, tengo una responsabilidad y no voy eligiendo por ahí a quién querer y a quién no, yo quiero a todo el mundo, a todo el mundo, a los rojos como tú también, sobre todo a los que no quieren dejar huellas por todas partes, odio las huellas sobre la buena madera, las detesto, odio las extravagancias, las de todo tipo, los chistes que se cuentan por ahí, no los soporto, odio lo que distrae y lo que aparta a un hombre de su deber y de su descanso, odio la corrupción de los niños desde que son tan pequeños y odio la música que envilece, las calles, su suciedad, odio todo lo que no es 'Crónicas de un pueblo', odio a todo el mundo, a todos, sobre todo a los rojos como tú, aunque os comprenda muy bien, mejor que nadie, no hemos llegado al punto de tener que exterminarnos tampoco, tú y yo, ni llegaremos, yo te quiero, has obedecido hasta ahora y yo también, a ver si crees que venir a verte todos los días y repetir lo mismo con el mismo tono de voz y los mismos movimientos de piernas y de cadera no es mi forma de decirte que te quiero, aunque esté muy lejos de ser perfecto en mi amor, lo estoy, pero todo va a estar bien a partir de ahora, ya lo verás, por eso tenemos que llegar a un acuerdo, la gente que se quiere, pacta, y la que se odia, se extingue, y tú y yo, cuando no dejamos huellas por ahí, nos queremos, vamos a aprovechar este silencio magnífico y vamos a llegar a un acuerdo, ¿te parece?

Su tono es conciliador, pero su gesto está nublado por una tempestad.

Busca algo en el bolsillo del gabán. Saca un papel arrugado, que extiende minuciosamente. Se pone unas gafas de lectura y escudriña lo que hay escrito en el papel.

He tomado notas.

No quiero olvidarme de nada, para que veas mi buena voluntad. Si no fuera un hombre de letras, no haría nada de esto, obviamente. Pero a ti mis formalismos te deben dar un poco lo mismo... Metes a los premios nacionales de literatura y a los asesinos en el mismo saco, y mira, yo creo que hay que saber distinguir un poco... no será porque no hay materiales bien distintos en la naturaleza. De eso va el juicio final, lo dice la sagrada biblia, incluso es posible que lo hayas dicho tú en algún momento. Pero bueno. Empecemos. No tenemos más que una misa por delante, y hay mucho que discutir. Antes de nada, te diré que no es muy decente esconderse detrás de una mujer, y no tengo por qué morderme la lengua en este punto. Hay que dar la cara desde el principio. Un hombre no endereza a otro hombre ni a una nación entera detrás de unas faldas, al revés, y mira que he podido pensar de ti muchas cosas, pero nunca me has parecido un cobarde... Es la Magdalena, ¿no? ¿Por qué tengo que vérmelas con ella? ¿No le han dado ya bastante protagonismo? Es ridículo. Le podrías haber dicho, de paso, que se cubriera un poco más. Fea no es, pero tiene heridas y morados en los hombros y por el pecho y es un poco desagradable a la vista. Tiempos violentos, aquéllos. Me imagino. Sobre todo para una ramera... ¿Llegasteis a consumir de verdad? ¿Erais marido y mujer? No me contestes. No es asunto mío. Ni me importa. Quiero que deje de entrar en mi habitación, eso es todo. No llama a la puerta nunca ni me

da tiempo a que me ponga una bata por encima. Cuando me quiero dar cuenta, ya me ha llevado a otro sitio. Vamos a ver... Marruecos. Sí. Aquí empezó todo.

Se quita las gafas y se masajea los ojos con la yema de los dedos.

Déjame decirte que el lugar siempre me pareció muy deprimente. A nivel estratégico, chapó, pero por lo demás, un nido de escorpiones. No se puede decir que fuera mi elemento, ni mucho menos, pero sirvió a la causa. Y Su Excelencia comprendió esto antes que nadie. Sabía que toda victoria precisa de un bautismo de sangre antes de que llegue el momento de reclamar la pieza principal... Es un nostálgico de Marruecos. Es un nostálgico, en general. Si la gente supiera lo nostálgico y lo profundamente emotivo que es, no le odiarían como lo hacen. Pero es que la gente no se pone en el lugar del otro. ¿Para qué? Él se dejó poseer por algo glorioso allí, entre todas esas colinas calcinadas, por lo mismo que entró en ti cuando fuiste a ayunar al desierto, y ¿sabes qué?, me niego a pensar que fuera por influencia de Millán Astray porque no he visto dos hombres más diferentes entregados a un mismo fin, no, él se abrió a algo más trascendente que la sangre derramada, siguió una visión, y la encarnó... Sobra decir que no es eso lo que ella me enseñó al llevarme de vuelta a Marruecos, ni de lejos. Me cogió de la mano y me metió dentro de una casa de aldea. Me dijo, Siéntate. Y yo respeto mucho a las mujeres, así que me senté. En el suelo. Como hace toda esa gente. Me senté y me sacudí el polvo de las rodillas. Y de la parte trasera de la casa salió una familia bereber. A todos les faltaba algo, una mano, un ojo, una pierna, las dos, pero aun así me dieron de comer y de beber y no se les cayó nada al suelo. Ni un grano de cuscús. Horrible. Luego se sentaron delante de mí y se me quedaron mirando a ver cómo comía. Tuve que beberme ese té ardiendo a toda prisa, en tres sorbos, porque me daba vergüenza toda esa atención puesta en mí... No sé qué había que ver. No entiendo qué tiene que ver la gente en mí. Soy de lo más normal. Luego alguien se puso a cantar o a rezar, pero no sé de dónde venía la voz. La Magdalena me hacía señas como para que escuchase bien, y yo escuché. No sé si era voz de hombre o de mujer. Era una melodía bonita y fea, si es que algo puede ser bonito y feo a la vez. Y todos esos ojos mirándome. Ya no comían. Mis anfitriones. No hubiesen podido. Sus bocas habían desaparecido en el aire. Sólo les quedaron los ojos. De pronto, la voz dejó de cantar o de hacer lo que fuera aquello y se puso a chillar de un modo que era un verdadero espanto de oír, y la Magdalena volvió a cogerme de la mano y me dijo...

MUJER.- Ven y mira...

CARRERO.- ...y yo la seguí, y afuera, en la calle, una mujer paría en el suelo, como hacen los perros, y dos legionarios esperaban a que saliera el crío, con las culatas de sus rifles en alto, y yo quise cerrar los ojos, pero seguía viendo con ellos cerrados, y muchas manos me empujaban, me ponían la cara cada vez más cerca de la carne abierta y enrojecida, y ella, todos, decían...

MUJER.- Ven y mira, esto es Castilleja del Campo, esto es Fuentes de Andalucía, esto es Badajoz, esto es la cárcel de Ventas, esto es la carretera que va de Málaga a Almería, toma nota, ve a la vera del fuego, de noche, mientras las mujeres y los niños gimen de dolor desde alguna aldea de mierda, y anótalo todo en tu diario, anótalo todo bajo los ojos de las

estrellas, no te olvides de nada, el alzamiento está cerca, la justicia en España tiene rostro, y sobre el rostro de ese niño recién nacido, la justicia, y sobre la justicia, el polvo.

CARRERO.- ¿Qué tiene que ver toda esa brutalidad conmigo? Venga, vamos a ser serios... Si yo me he pasado la mitad de mi vida metido en barcos. ¿Qué tengo yo que ver con la legión y con todo ese río de alcohol y con todas esas cabezas rodando monte abajo? ¿O es que ahora respondo yo personalmente ante todo eso? Yo, que no he sido ni soy más que uno que sirve, que no se puede decir de mí que sea más que un criado...

Silencio. Carrero Blanco, visiblemente incómodo, no consigue articular su defensa. Su cuerpo se tensa.

Tienes que controlar a esa mujer. No te hemos encerrado a ti para que se nos desbande ella. Estaría bueno. Si no he actuado antes ha sido por el poco temor cristiano que me queda, pero tengo poder suficiente para poner fin a esto, no lo dudes. Y no sólo poder. Pruebas. Agravios contra mi honor.

El proceso no ha hecho más que empezar.

Vuelve a ponerse las gafas. Examina el papel.

Prosigamos. Madrugada del jueves al viernes siete de diciembre. Había tomado calmantes esa noche. Estaba casi dormido cuando volvió a entrar en mi dormitorio. Me tocó el hombro primero. Al ver que no me movía me sacó de la cama a la fuerza, fíjate lo que te digo, a la fuerza, y me llevó a la cuenca minera de Mieres, Sama de Langreo, La Felguera, que más feo no lo hay en toda España. Se lo dije. Ella se rió de mí. Sin hacerlo evidente, claro. Se rió de mí por dentro, como hacen las mujeres a menudo. Acompañamos a unas señoras que arrancaban hierbas del campo para meter algo de sustancia al puchero. Llovía a cántaros. Los caminos estaban resbaladizos con el barro... No sé por qué apunto este tipo de cosas, la verdad... La Magdalena vio que no me estaba impresionando mucho pero es que yo sé de dónde viene esa miseria y no es como lo cuentan los marxistas. La verdad duele, claro. Y la verdad es que no es la pobreza la que convierte a la gente en bestias sino su condición de bestias la que les condena a ser pobres y mezquinos y lo que algunos llaman 'desigualdad' entre clases sociales no es más que una excusa para no contribuir a lo que es de todos. Vamos a ver, nosotros no inventamos la necesidad de trabajar. Es la vida la que impone esas cosas y la que impone que unos organicen y otros ejecuten. Es que es tan simple que da vergüenza tener que explicarlo, y deja que te diga otra cosa, los obreros asturianos eran los mejor pagados de España, ya que parece que eso no te lo sabes o no te da la gana de acordarte, te lo recuerdo yo, esos mineros ya tenían podridos los corazones antes de que la silicosis acabase de hacer el resto, para que luego dijera Durruti que traían un mundo nuevo en sus entrañas... Desprecio, eso es todo lo que traían, todo lo que tenían, resquemor, por eso perdieron, porque el odio no puede ser germen de nada que quiera durar en el tiempo. De haber sido gente amorosa, como nosotros, igual habríamos volado todos por los aires, quién sabe, quién sabe qué habría pasado si el amor nos hubiera nivelado, pero eso no le sirve a nadie si no hay arrepentimiento, si no hay redención, ahí no hay nada que hacer porque no es útil regalar un perdón a quien no quiere ser perdonado, ahí no hay nivelación posible.

Carrero Blanco tiembla. Se abraza.

Hace frío. Alguien habrá dejado la puerta abierta...

Se levanta. Mira al fondo, desde el centro del pasillo.

¿Hola?

Silencio.

No veo a Jose Antonio. No le está permitido irse. ¿Dónde están todos? ¿Van a quemar la iglesia conmigo dentro? ¿Es eso lo que va a pasar?

Ruidos de madera vieja asustan a Carrero Blanco y lo hacen mirar en varias direcciones, antes de encarar nuevamente al crucificado.

Quieren matarme.

Silencio.

No es ninguna sorpresa. Uno no dirige un servicio de inteligencia para vivir luego en la inopia. Todos los días leo informes sobre lo mismo y todos los días reprimo esta absurdez con las pocas herramientas que dejan a mi alcance, para que luego venga Arias Navarro y me diga que cambie mis hábitos, que sea más prudente, si es el cambio de hábitos el que da la alerta, precisamente, no a los que conspiran, sino al pueblo, y eso es mucho, pero mucho peor... El pueblo no debe sobresaltarse por nada ni hacerse preguntas que vayan más allá de la matemática justa para comprar el pan y el detergente, tienen que darlo todo por hecho, tienen que desear una rutina simple y clara para sí mismos y luego para el resto, porque aun así, y por mucho que uno se esfuerce en construir una mayoría blanca y silenciosa, como una niebla que no se levanta ni en verano, ellos aguardan el momento del cambio, sin descanso, sin saber siquiera que lo están haciendo. Muchos de ellos lo llevan en la genética... mal asunto ése. A veces les observo por la ventanilla del coche, les miro coger sus autobuses, beber sus cafés o abrir sus zanjas en el pavimento y en toda esa ceremonia parece que estuvieran celebrando algo en secreto. Mi muerte. Y también la de Su Excelencia, para qué nos vamos a engañar. No me va a dar mala suerte decirlo en voz alta. Ahí fuera celebran la muerte de sus guías espirituales y se relamen de gusto como si ya hubieran sacado nuestros féretros por las calles, ya han comprado su anís del Mono para frotar sus cuchillos contra el vidrio, muy bajito aún, pero lo hacen, vaya si lo hacen, y los que no lo hacen lo piensan, y si tan solo supieran quiénes somos realmente... no nos podrían odiar de esa forma.

El frío corroe a Carrero Blanco. Éste se abriga cada vez más, al tiempo que se aproxima al altar.

Y lo peor es que piensan que algo va a cambiar con mi muerte. Que España va a dejar de ser un desierto blanco. Están muy confundidos. Pero es que sólo saben dar lo que reciben, es así para todos, para nosotros también, sólo que a otro nivel, y menos mal que hay niveles y que hay clases, porque si no estuviéramos ocupando nosotros el piso de lo arriba, ¿quién lo haría?, ¿los anarquistas?, ¿construirían algo que mereciera la pena?, ¿construirían este templo?, ¿serían capaces de algo tan bello como esto? Contéstame tú. ¿Habrías sido capaz

de construir algo en libertad? La libertad sólo disuelve. Lo sabes perfectamente... Lo sabes todo sobre mí.

Carrero Blanco se abraza a los pies del crucificado.

En el fondo deberían ser más humildes y darnos las gracias por la gestión de todo esto. Ni se lo figuran, claro que no, pero gobernar es complicadísimo. Quieren que asista cada vez a más actos, que diga más cosas en público, y yo no quiero hacer nada de eso, realmente, quiero quedarme dentro, quiero estar dentro siempre, venir a tu culto por las mañanas y encerrarme después, responder sólo las llamadas más importantes mientras hago como que gobierno España, sería maravilloso acabar mi vida así. No necesito nada más. No necesito más aire fresco que el que respiro del coche a la iglesia y de la iglesia al coche. Y luego el aire cerrado de un despacho interior, y de un aseo. Sólo eso, sólo pido un despacho, un aseo y un teléfono, y no tener que salir nunca, y escuchar respirar a Su Excelencia cuando me llama por las noches, escucharle agonizar, nada más. No pido tanto. Ni siquiera tiene por qué haber algo bonito que mirar por la ventana. Ya lo hemos arrasado todo. Me basta con mi propia cáscara de ahora en adelante.

Silencio. Mira de nuevo en todas direcciones.

Crean que sirve de algo tenerme en este estado de expectación... constante...

Supongo que te sentirás identificado conmigo, siendo tan bueno como eres, tan comprensivo, ¿no? Además, tú también fuiste víctima de un complot. No has dejado nunca de serlo. Quizá es por eso que te has aprendido la lección y ahora te vengas de nosotros. De mí.

Vuelve despacio hacia el banco.

Se sienta. Respira con los ojos cerrados. Los abre. Extiende de nuevo el papel arrugado y se pone las gafas de lectura.

El día nueve por la noche, más de lo mismo. De mi cama pasé a encontrarme en una cárcel... o algo así como una cárcel. No sé dónde. Había fábricas cerca. Chimeneas altas. Mucho humo. Pregunté, claro, porque a mí me gusta saber, me gustan los detalles, pero la Magdalena me puso la palma de su mano en la boca para que no dijera nada. Una completa desfachatez, si me lo preguntas. Luego dicen que no hay libertad de expresión. Lo que no hay es vergüenza. Era de noche cerrada, y entramos en una habitación donde no había más que bebés por el suelo. Berreaban sin parar. Imagino que por el frío. Algunos no berreaban ya. Las ratas iban y venían. Un desastre. Un auténtico desastre organizativo. Nada de eso hubiera pasado si nos hubiesen tenido al corriente. No se lo dije porque no quería que me volviera a tapar la boca, con una vez era más que suficiente, pero ella parecía leerme los pensamientos. Me miraba a menudo, como con compasión, aunque lo compasivo habría sido sacarme de allí, y me decía otra vez...

MUJER.- Ven y mira...

CARRERO.- ...y yo la seguí, obediente como soy, obediente siempre, y miraba, claro que miraba, no soy de piedra, entiéndelo, no soy de piedra, los llantos eran fortísimos, insoportables, no sabía que un niño pequeño podía llegar a pegar esos gritos, hace falta, como mínimo, estar alimentado para gritar así, y claramente esos frutos del pecado no podían tener tanta energía dentro, era imposible... En el fondo, era un sueño. En los sueños, todo es más exagerado que en la vida real. Seguí a la Magdalena hacia una ventana y ella me señaló a alguien con el dedo. Yo no podía ver bien el exterior, sin mis gafas. Me dijo,

MUJER.- ¿La ves?

CARRERO.- Había un montón de mujeres tiradas en el barro. Tosían sin parar. Temblaban bajo la lluvia. Era imposible distinguir a una sola de entre todos esos bultos. Hasta que la vi. Sentada en una esquina, en el suelo. Tenía marcas de haberse querido cortar las venas de las muñecas y de los pies.

MUJER.- Vas a quedarte con ella los próximos treinta años...

CARRERO.- ...dijo la Magdalena. 'No puedo', protesté, 'tengo consejo de ministros mañana a primera hora'. Pero no me quedó más remedio. Desde entonces, la seguí a todas partes. Compartí celda con ella y con otras doce mujeres. Bebían agua de fregar y se quitaban los piojos las unas a las otras. Yo no. Yo estaba allí, pero no tenía sed, ni hambre, ni piojos, menos mal. No podían verme. No eran más que huesos con una membrana muy fina de piel por encima. De noche, en voz baja, hablaban de los hijos que habían perdido, o de los hombres de los que ya no tenían noticia. La voz muy baja. Las bocas y las orejas rozándose en la oscuridad. Qué mal olía aquello, era una cosa repugnante. Salimos de allí y un tipo nos llevó en coche hasta Madrid. Viajaban otras tres mujeres con nosotros. Alguien las había maquillado de un modo horrible. El campo humeaba como si lo hubiesen acabado de quemar, pero eran sólo las nubes bajas de la mañana. Y allí sentado, en la casa de putas, viendo lo mismo una y otra vez. Quería que todo terminase. Ya sabía de qué iba todo eso. Yo también viví una posguerra. Estuve allí también. No soy de piedra. No soy ningún monstruo. La humedad iba a hacer que cediera el techo, pero no cedió. Se mantuvo firme, porque a pesar de los elementos, a pesar del contubernio judeo-masónico internacional, la casa de putas era sólida. Esta mujer recibió la visita de un antiguo novio y dejó de prostituirse. Se fueron a vivir juntos, pero se odiaban. Se odiaban mucho. Él había estado levantando el pabellón de granito en memoria de los caídos y luego había estado buscando agua en el subsuelo de Tenerife durante muchos años y después ya sólo supo hacerlo todo como si quisiera desgastar el cuerpo y salir de él y guardaba una pistola Star en el doble fondo de un cajón y pensaba en ella todo el tiempo, en la pistola. La mujer bebía, mientras tanto. La mano pegada al vaso. La mujer se volvió loca cuando un día encontró botellas de aceite de estraperlo enterradas en el patio de atrás. Lo celebró bebiendo el doble. Pero no quiso compartir el descubrimiento con nadie. Ni con él. Y todavía tuvo el valor de darle más hijos a la patria. Niños apaleados por el rencor de sus padres. Niños que no podrían estudiar ni hacer nada bueno con sus vidas, como así ha resultado ser. Lacra de España. Contubernio. Masa desordenada. Ojos vengativos y violentos por todas partes. Sólo quería despertar. No quería saber el para qué de todo ese viaje, sólo quería que alguien

me anunciara el fin de esos treinta años de castigo, cuándo esa gente iba a dejar de tener hijos para tirarlos a la basura, cuándo.

Silencio.

Y luego otro día más sin dormir. Su Excelencia me miraba de reojo, como asombrado, y Laureano y Licinio hablaban de mí al oído. Seguro. No podían estar cuchicheando de otra cosa porque se me cerraban los ojos cada poco y me costaba articular las frases y las ojerías, en fin, eran evidentes... Qué le vamos a hacer. Yo nunca he cuchicheado de nadie. Mala costumbre, ésa. Muy española, eso sí. Pero si no dan ejemplo unos ministros, qué podemos esperar de las mesas más humildes.

Examina de nuevo su papel.

No pasó nada esa noche. La del diez de diciembre. Tampoco hubo alucinaciones de ningún tipo. Pero el daño ya estaba hecho, de todos modos...

Silencio.

Estuve sentado hasta el alba, despierto, mirando la embajada americana por la ventana. Los guardias de seguridad, tan jovencitos. Las persianas bajadas. El ondear lascivo de la bandera. Los minutos pasaban con una lentitud insoportable... y acabé pensando en él. No suelo pensar mucho en él por las noches. Intento no hacerlo. Tiene... cada vez más fallos, el pulso... Odio cómo le tiembla el pulso. Sé que él también lo odia, evidentemente, pero mi odio es mayor, porque lo siento como un fracaso personal. Se ahoga muchas veces al hablar del destino de España. Dice muchas tonterías. Normal. Es normal...

Cuando descuelgo el teléfono a determinada hora,

yo ya sé que es él.

No me dice nada, nunca. Sólo respira por la boca. Hace un sonido como de animal muriéndose. La televisión suena de fondo, casi siempre. Intento no llenar el silencio, y mucho menos hablarle de política. Él no me llama para eso. Haciendo una excepción, le pregunto qué ha marcado en la quiniela, pero es tan tímido y tan celoso de sus cosas que no se atreve a confesármelo... Sólo atrapa el oxígeno, lentamente, como la planta que tengo en la mesa de mi despacho. Y aún tiene la valentía de hacerme partícipe de ello. Es horrible... tener que ver morir aquello por lo que has dado toda tu vida. Tú no sobreviviste a casi nadie... Soltaste la bomba a los treinta y tres y luego te fuiste al cielo sin hacer gran cosa por salvarte, la verdad sea dicha. Te crucificaron, sí, pero la tortura no duró ni un día, y a veces es preferible morir joven a tener que ver a todos los hombres de valor pudrirse alrededor de uno. Eso es muy duro.

Reprime un llanto con amenaza de profundidad. Se recompone.

He llegado a tener miedo de que me llame una noche y me diga algo, realmente. Si dejase de renquear por un momento y se le escapase una palabra... creo que le colgaría. Sí. Le colgaría el teléfono y le ahorraría la vergüenza. Él no tiene que ensuciarse la boca con declaraciones de ese tipo. No es propio de un hombre forzosamente distante como él. Yo

estoy aquí y siempre he estado aquí para evitarle cualquier encuentro con lo más bajo. Por eso guardamos las distancias. Sabemos cómo hacer las cosas. Siempre lo hemos sabido. Siempre ha sabido leerme, y yo he sabido leerle a él. Somos uno.

Silencio.

Somos uno con todo.

Carrero Blanco se desabotona el cuello y se lleva la mano al corazón. Mira las anotaciones del papel de rojo.

No he terminado contigo todavía. La noche del día once...

Se interrumpe. Frunce el ceño.

Fuimos al frente. A nuestro sagrado frente. Por lo visto, estaba empeñada en regar todo aquello de sangre innecesaria. Además, me consta que lo del aceite de ricino no es verdad. ¿Quién quiere ver a mujeres cagándose por las calles? Eso son mentiras de una imaginación contrahecha. Le dije, ¿por qué no me llevas a Barcelona, a ver qué hacen los vuestros, eh, o se te cae la cara de vergüenza sólo de pensarlo?, y me escuchó, porque la noche del día doce fuimos a Barcelona y la del trece la pasamos entera con una columna de la FAI en Huesca, y vimos cómo violaban a unas monjas en Peralta de la Sal, con saña, con cobardía, y saqueos por todas partes, y cráneos machacados contra el suelo, y moscas pegadas a la sangre, insultos, dientes rotos, en fin, atrocidades. Así sí, le dije yo, y se lo repetí varias veces, ASÍ SÍ. Ella se quedó muy pensativa. Si no fuera tan impasible, casi diría que la decepcioné... Se sentó encima de una pila de cadáveres, acarició sus sotanas con suavidad, y al despertar apunté una pregunta que me hizo, me dijo...

MUJER, CARRERO.- ¿Todavía sigues creyendo que hubo dos bandos?

Silencio.

CARRERO.- ¿Todavía sigues creyendo que hubo dos bandos?

Carrero Blanco arruga el papel y lo tira el suelo. Se quita las gafas y se las guarda en un bolsillo. Se pone de pie.

Sí, lo creo. Y no son comparables. ¿Tendré que volvértelo a decir, para que te enteres? Por un lado está el bando del amor, y por el otro está el bando del odio. Dos bandos. En absoluto comparables. Quien no tiene la facultad de amar, no puede compararse a aquel que sí la tiene. Sus visiones del mundo son diametralmente opuestas. Ésa fue nuestra lucha. Una cruzada del bien contra el mal. Ojalá se hubiese limitado a esos tres años, pero no, el conflicto aún dura, porque el odio pervive en las inteligencias débiles. Y no podemos barrer todo el mal del mundo. En eso tengo que darle la razón a Azaña, aunque parezca mentira. Nuestro propósito era y es materialmente irrealizable. Tanto empeño en educar a un país tan cafre como éste resulta... imposible. Así es. Dios santo. Es imposible. Imposible.

Merodea, nervioso, por el pasillo central.

Observa la bola de papel que acaba de arrojar y la señala con el dedo.

Escúchame y entiende bien esto. No encerramos a muchachas en habitaciones abarrotadas de moros, no reventamos su cuerpo con la mayor de las complacencias porque eso no es luz ni es Dios y nosotros somos luz eterna en batalla constante con las fuerzas del mal y nosotros no nos desatamos nunca ni aflojamos los cinturones para sacarnos el miembro y orinar encima de mujeres encintas, no somos ese tipo de hombres, no nos alocamos, no mutilamos, no incendiemos nada que no estuviera quemado y muerto de antes, no entramos allí donde Dios no ha lanzado su flecha, no abusamos de niños, no usamos escudos humanos, no nos rodeamos de curas para perfumarnos con su santidad sino que la santidad nos pertenece por derecho, por origen, por linaje, somos el bien y el bien se administra por los medios que le son propios, por todos los medios, por toda la tierra, pero no golpeamos a las mujeres ni robamos sus bebés ni nos reímos de ellas cuando son estériles y feas y no pueden soportar el peso de nuestro destino, no somos violentos, no gritamos, no imponemos, no forzamos, no apretamos, no tenemos miedo, nunca, no tenemos miedo, no tenemos miedo, no tenemos miedo de las mentiras ni de los hombres que se dicen a sí mismos libres, éstos que se creen más buenos y más justos que nosotros pero que traen consigo la destrucción de las diferencias, la indeseable, la absurda, la imposible, imposible igualdad. ¡BASTA!

Señala, acusatorio, indignado, al crucificado.

Sé que crees que soy un asesino vulgar pero tengo las manos limpias. Míralas. Sólo encontrarás arrugas y tinta. No soy un hombre inocente pero tampoco soy culpable de nada. Sólo porque no voy por ahí dando pena y porque he contado los peldaños y he previsto todo lo que me podía hacer subirlos de dos en dos y de tres en tres no quiere decir que no haya sufrido y que no sufra. No bajas la cabeza. Mírame a la cara. Yo también sufro.

Carrero Blanco se desploma ante las escaleras del altar. Recobra, poco a poco, un ritmo de respiración normal. Apoya la oreja en el suelo.

No puedo dormir.

Silencio.

No voy a poder dormir nunca.

Silencio. Cierra los ojos.

Los sueños han sido más amables, últimamente, lo reconozco. He ido al campo. Un campo baldío, la mayoría de las veces. Un campo horizontal, sin árboles, sin hierba, un campo de tierra removida y expuesta. Un campo preparado para la siembra. Me tumbo y pego la oreja al suelo. Siento frío y un tacto viscoso pero dejo que las lombrices empujen toda esa basura hacia mi cerebro. Del fondo de la tierra ascienden gritos. Algunos pueden entenderse. Otros no. Algunos son nombres de personas. Sólo nombres. La intensidad del grito no alcanza a su apellido. Igual no importa. En el grito, no importa de dónde venimos ni lo que seamos. Somos tierra abierta. Y yo siento una parte de mí que no reconozco pero que al mismo tiempo es más reconocible que mi firma al final de un documento, una parte de mí

que vive en lo más bajo y en lo más alto y en los hijos de ese matrimonio inevitable, y suben otra vez los gritos y una sangre fresca que palpita, y entra todo por mi oreja y abren eso que llaman la glándula pineal, la ocupan, y un paisaje nuevo aparece sobre el terreno baldío, como si todo fuera una pantalla de sombras y mi cabeza un proyector... Un paisaje nuevo. Una dimensión extraña, de hierba inevitable y nubes inevitables y arroyos de agua inevitable. Casas de piedra con ventanales altos. Caudillos con las manos pegadas al cristal. Legiones de niños indiferenciados segando el trigo. Y no puedo indignarme. No puedo indignarme. Una voz me dice que todo está bien, que en el fondo todo está bien, que en el fondo de su corazón Dios me ha perdonado, aunque yo sepa que no he hecho nada malo, da igual, siempre hay algo que se nos escapa, siempre hay una mano más descontrolada que la otra, y Dios ha perdonado esa ausencia de control en mí, ha hundido mi cabeza en la tierra y la ha sacado de nuevo para que contemple la España que tanto me ha costado dar forma. Bendita tierra.

Carrero Blanco besa el suelo.

Se levanta. Se alisa el gabán y el pelo. Se recompone. Y mira a Cristo, nuevamente.

Veredicto: culpable.

Sonríe, satisfecho. Da vueltas por el pasillo, las manos juntas en la espalda.

Los cargos son: allanamiento de morada, injurias y difamación al régimen, apología de políticas ilegales y prácticas terroristas, tortura física y psicológica prolongada, iconoclastia, premeditación, y no sigo porque la lista puede hacerse bastante larga y te haces una idea general. No debería caerte por sorpresa. Ya eras culpable desde antes del proceso. Desde mucho antes de ensañarte conmigo. Eres culpable por naturaleza.

Se detiene. Piensa.

Ha habido circunstancias atenuantes, también. Alguna que otra. No hubieran ayudado mucho, realmente. Sabes a qué me refiero, ¿no? Hace dos noches... Antes de mi cita con Kissinger... Esperaba no tener que volver a verla, la verdad, pero entró en mi habitación otra vez, mucho más despacio que de costumbre. Menos brusca. Llevaba una ropa moderna bastante ajustada. Como si acabara de venir de Nueva York o de algún sitio así. Se sentó a mi lado, en la cama, y me cogió la mano con mucha delicadeza. Estaba caliente. La mía no.

MUJER.- Ven y mira...

CARRERO.- ...me dijo. Y yo me levanté de la cama como si mi cuerpo tuviera treinta años menos. Dejó que me pusiera un batín y que me calzase bien las zapatillas. Para mi sorpresa, fuimos directos al salón. Pensé que íbamos a ver a Carmen, que se queda siempre despierta hasta tarde viendo el Un, dos, tres... pero todo empezó a cambiar a medida que avanzábamos por el pasillo. Mi casa ya no era mi casa. Era otra. Como si hubieran tirado la finca abajo y la hubiesen construido de nuevo. Si mirabas por la ventana, los edificios estaban más o menos iguales, pero había algo raro en el color del cielo, una llama violeta, en mitad del cielo, como cuando miras el sol fijamente y las cosas pierden su apariencia

habitual. Quise preguntarle a la Magdalena qué era lo que estaba pasando en el mundo, pero no me salía la voz de la garganta.

Carmen no estaba allí, desde luego. No había nada que me pudiese recordar al salón de mi casa. Era otro salón. Nos quedamos de pie contra la puerta, viendo a unos mozos de veintitantos años tirados en un sofá, como muertos, delante de un televisor enorme... una pantalla de ésas como las que se ven en las películas del espacio. Su Excelencia tiene una así en El Pardo. Se los veía como escombros de una humanidad anterior... pero no pude indignarme. No. Fumaban hachís y se les caía la ceniza al suelo. No pude indignarme. Estaban viendo una película muy rara. Española o italiana, no sé. Yo no la conocía. Pero salía José Sacristán en ella. Y de repente, uno de los niños va y dice, ESTO ES LO QUE ETA HIZO BIEN, ¿VERDAD? Y todos los demás asintieron con la cabeza. Así. Como autómatas. Y yo pensé, ¿Qué España es ésta?

Silencio.

No pude indignarme. Miré de nuevo por la ventana y me vi a mí mismo ascender al cielo, en línea recta. Lo que ETA hizo bien. No pude indignarme. Ella tampoco estaba indignada. Ella sonreía. Nada de poner la otra mejilla, no. Devolver el golpe. Claro. Eso es lo que ETA hizo bien.

Suena una explosión grande que hace temblar los cimientos de la iglesia.

Carrero Blanco se lleva las manos a la cabeza, como si le hubieran dado un golpe. Se agarra instintivamente a un banco pero sonrío sin miedo, y extiende después el brazo hacia Cristo, como haciéndole partícipe de un hallazgo.

No les cabía la menor duda. No les temblaba la voz. A mí tampoco me tiembla la mano cuando tengo que firmar, sé lo que es eso, es nada, es ser nada para que nada cambie, es espíritu evacuado de la materia para que se entretenga en otra parte, de esa forma da igual quién caiga en el frente de batalla porque lo único que importa es que haya un frente, al menos uno, por eso no pude indignarme, son la mejor continuación que el régimen podría tener, cuerpos adulterados, podridos en vida, lo que ETA hizo bien, ¿serán ellos los presidentes de la nación, algún día?, ¿y por qué no?, lo único que importa es que haya un frente, la España inevitable, va a ser cierto eso que dicen de que no hay mal que por bien no venga, tengo que dejar de dar dinero a juventudes paramilitares, lo que tengo que darles es un partido político, y a ETA, otro, ¡ya está bien!

Un órgano se desata, magnificando la súbita clarividencia del presidente.

Carrero Blanco pasea la mirada por las bóvedas de la iglesia, buscando el origen de la música, hasta estrellar su mirada de nuevo contra el altar. Su boca está cada vez más abierta para anunciar el recibimiento de una revelación.

¿Qué democracia quieres para España? Fractura de maxilar inferior.

Las campanas llaman a comulgar.

Votar centro es votar Suárez. Fractura de ambas clavículas.

Carrero Blanco se levanta.

Acabar con el paro y la emigración está en tus manos. Vota Partido Socialista Obrero Español. ¡BOOOOM!

Un coro infantil entona 'El señor es mi pastor'.

Vota Fraga. Fraga conviene. Aplastamiento torácico.

Carrero Blanco se arrodilla ante el altar y comulga.

Trabajador, el partido comunista es tu partido. Fractura abierta de tibia y peroné derechos.

Se incorpora y alza el puño.

No alimentos al sistema. Unión, acción y abstención. Epistasis traumática.

La música cesa.

España es un desierto blanco sin estiércol ni semilla alguna, España es una capa lisa de detergente que se pierde en la mirada, una iglesia que huele a quemado, un horizonte opaco e inextinguible. Amén.

Carrero Blanco vuelve a su asiento.

Tu juicio no ha terminado aún. Se ha emitido ya un veredicto, que estas pequeñas fracturas de luz no invalidan. Así que ahora sólo falta la sentencia. La pena a cumplir. Y tu pena es el destierro.

Silencio. Examina con ironía al crucificado.

Dejar un desierto por otro no es un gran sacrificio. Además, el desierto es tu hábitat natural. Así que espero que esto no empañe las excelentes relaciones que hemos tenido hasta ahora. Yo te he perdonado, como puedes ver... Seguro que tú puedes hacer lo mismo conmigo. Además, el proceso ha sido todo lo limpio que lo han permitido las circunstancias. Te he leído la acusación, he aportado todo tipo de pruebas y detalles escabrosos, a pesar de estar en una iglesia, he hecho una argumentación sólida, y lo único que ha faltado han sido testigos y defensa, claro... Perfecto no ha sido, pero no vivimos en un mundo perfecto. Y nadie dice que no hayas cumplido estupendamente con tu papel hasta ahora. Porque yo puedo olvidar esta tortura hacia mi persona, perfectamente... pero nunca olvidaré lo útil que ha sido tu martirio para quebrantar la voluntad de todo lo que se nos resistía. Llévate contigo esa satisfacción, al menos. Si te estoy despidiendo de tu empleo es porque no hay crimen sin castigo y porque ése es, además, el signo de los tiempos... Tan claro como el que cielo será violeta y como que en este país habrá democracia. Tu destierro, por tanto, es imprescindible. A la gente no le hacen falta más cadenas. No necesitan el sopor de la religión por más tiempo. Lo que necesitan es salir de aquí, encontrarse los unos con los otros, abrazarse, ilusionarse con el cambio, participar en su futuro con un papel y una cruz marcada al lado de unas siglas, necesitan cadenas nuevas, fronteras nuevas y todas las libertades que el mercado pueda ofrecer. Sólo así podremos

governar sin las interferencias molestas que nos desgastan ahora. La democracia es inevitable. El estado laico, también. Quién me lo iba a decir... Estoy seguro de que él también lo va a entender así. Es listo. Le falla cada vez más el pulso y se ahoga al hablar del destino de España, pero me tiene a mí. Soy su camello. Y este desierto de silencio y ceniza debe llamar a los buitres. Los buitres hacen un ruido muy curioso al comer, como un disco puesto al revés. Necesitamos ese ruido. Necesitamos una democracia moderna, y tiendas donde se vendan nuevamente banderas republicanas y de la CNT con letras blancas que digan NO PASARÁN y postales de gente muerta y manifestaciones por los derechos humanos y todo el amor que seamos capaces de invocar. Dejemos el poder en su sitio, sin el estorbo de la moral. Arriba España.

Carrero Blanco se levanta y se abrocha los botones del cuello mientras se acerca al altar por última vez.

Esto es lo que va a pasar. Voy a salir de aquí, voy a montar en el coche si es que José Luis no se ha ido también o si no voy andando a casa, que por una vez tampoco pasa nada, voy a desayunar como un señor, como me merezco después de estas dos semanas de parto, voy a ir a ver a Fernández de la Mora y le voy a decir que se olvide del orden del día, que hay que convocar un pleno de urgencia con los ministros, pero sólo con los aperturistas, no quiero ni ver a Arias Navarro de ahora en adelante, luego voy a telefonar al Pardo, me personaré allí cuando Su Excelencia disponga y daremos un paseo muy agradable entre los pinos, los dos solos, le manifestaré mi apoyo incondicional a Juan Carlos, mis ideas sobre la monarquía parlamentaria, le hablaré de una democracia tan moderada, tan retorcida, tan perfecta, que él y todo el mundo lo entenderán, porque todo el mundo entiende las promesas de felicidad cuando las ve delante, no hay nadie que no se hinche como un pavo ante unas pocas migajas de poder, y Su Excelencia mirará ese mismo horizonte que yo miro ahora, y se apoyará en mí, sin temor, sin temor a acortar las distancias, y no le dejaré decir nada, no le dejaré llorar, no le dejaré llorar delante de nuestros hijos, saldremos al balcón los dos juntos y diremos, en una sola voz, Mañana España será republicana si es eso lo que hace falta con tal de que os calléis la boca, y tú saldrás con nosotros a despedirte de tu pueblo, sin hacer mohines, sin abusar de tu papel de mártir, digno, como deben ser los perdedores, y levantando tu mano para que el sol no te ciegue después de tanto tiempo entre cuatro paredes les dirás...

MUJER.- No temáis, porque yo vencí al mundo dejándome vencer por él, y así debéis hacer vosotros de ahora en adelante, sed uno con lo que os rodea, sed uno con el peso de lo inevitable, porque lo que hacéis a los demás os lo hacéis a vosotros mismos, lo que dáis al mundo os es devuelto en la misma medida, no estáis solos, sois uno con todo, siempre, uno con todo...

CARRERO.- ...uno con todo.

Esa es la auténtica libertad.

MUJER.- El Señor esté con vosotros.

CONGREGACIÓN.- Y con tu espíritu.

Carrero Blanco se hace la señal de la cruz.

MUJER.- La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre vosotros.

CONGREGACIÓN.- Amén.

Carrero Blanco hace una pequeña genuflexión y sonríe a Cristo. Amorosamente.

MUJER.- Podéis ir en paz.

CONGREGACIÓN.- Demos gracias a Dios.

Órgano y coros señalan el final de la misa. Los fieles se levantan de sus bancos para salir a la luz de un 20 de diciembre de 1973.

El almirante Luis Carrero Blanco abandona la iglesia dando grandes zancadas, con una alegría salvaje en el rostro.

Huele a quemado.